

Nadja...

Luis Alberto Montenegro Mora
Director Editorial UNIMAR
Universidad Mariana



Identificación de la obra: André Breton, *Nadja*, Tabasco, México, Editorial Joaquín Mortiz, cuarta edición de febrero de 1979, traducción directa de Agustín Bartra revisada por el autor en diciembre 1962, con fotografías adaptadas por Vicente Rojo.

Nadja...

Nadja al igual que Breton, no son de este mundo de lógicas forjadas en pavimentos y metales; por lo que esa ilusión que es Nadja, se burla de la realidad del lector, se anida entre lo maravilloso y fantástico e invita a una inmersión a las aguas más espesas del surrealismo, para después ser como aquella rosa emergente en el jardín de las cárceles impuestas por el dueño del hombre, que es en sí, el hombre mismo. *Nadja* es una historia de amor, un relato de encuentros prolongados entre sus personajes y la ciudad de París.

Qué mejor que París para ser testigo de aquella locura, de aquel beso entre los destinos de André y Nadja, como comunión de preguntas y respuestas suspendidas en un mar de dudas, claro está, mientras exploran sus propias ciudades

y se desean en sus callejones. París, sólo un lugar para enmarcar esos cuerpos. André y Nadja, esperanza que espera algo posible en lo imposible, posiblemente imposible en lo posible.

La obra es una representación de ideas, momentos, angustias, figuras, situaciones y demás, a manera de *collage*, como propuesta aparentemente “desordenada”, pero exigente y cautivadora para el lector, que permite entender la obra, y no sólo eso, sino que también, busca las razones que hacen de ese tiempo discontinuo que inunda la historia, un elemento principal al momento de comprender el vínculo entre André y Nadja.

En relación con lo anterior, el texto baila sutilmente con 25 ilustraciones que hacen divagar al lector entre posibles aproximaciones hacia la obra, por lo que las metáforas visuales, los enigmas postulados con cada imagen, y los dibujos simbólicos allí presentes, complementan ese entramado de detalles del cual es rico el escrito. Si bien las ilustraciones presentes en la obra susurran al lector lugares, situaciones, acciones y reacciones, los dibujos que realiza Nadja, proponen el viaje al interior de su mente, a comprender por qué es posible la Flor de los Amantes, desde una armonía natural, pérdida ante los cuestionamientos de la realidad.

Pero ¿quién era Nadja? Además de ser una trabajadora ocasional, también lidiaba esporádicamente con las artes amatorias remuneradas, no por placer, sino por deber, el deber de existir dentro de los espacios gobernados por el papel moneda. Por otra parte, André era alguien tan simple, tan transparente que cautivaba, eso él lo había deducido: “Luego ella me retiene todavía algunos instantes para decirme qué es lo que la conmueve de mí. Parece que es la *simplicidad* que descubre en mi pensamiento, en mi lenguaje y en toda mi manera de ser” (Breton, 1979, p. 53).

Al ser *Nadja* una novela autobiográfica, es preciso remitirse al personaje de Léona Camille Ghislaine, un susurro que es esperanza -sólo en un inicio- pero que en el contexto bretoniano de 1928, se esculpe en *Nadja*, una creadora y creación que hacen parte de una misma obra. Es en el baile de lo maravilloso, mágico y libre que la propuesta poética de un viaje al interior del espíritu es posible, una propuesta vidente, proyectada más allá de un tiempo y espacio.

Pero aquel mundo donde es posible lo imposible, es el que condensa *Nadja*, una joven que más que otra cosa, es el pretexto preciso para abofetear la realidad, y perderse en otros mundos posibles. Justamente en dicho mundo, Breton ubica a André en una secuencia de momentos, que hacen de éste un espectador más; a pesar de que Breton conoce muy bien el desenlace final, André no está contagiado de dichas disposiciones, y vive y se deja vivir en la lectura de la novela razón por la que está encantado por la figura de *Nadja*, y todo lo que representa.

La locura planteada por Breton es una expresión poética de un mundo más allá del dispuesto por las normas humanas, aquellas definitivas y contundentes realidades, frías y burlonas de la desdicha del hombre, que aprisionan, matan y ahogan espíritus; puede ser por la condición de rebeldía que esto implica, y cómo de igual manera, hace de némesis de lo "real" de lo "lógico", de aquello que puede tener un principio y fin preconcebidos.

La obra no se separa de la normativa lógica, estricta de lo real, puesto que su propuesta es la del encuentro tanto de André y *Nadja*, como el del mundo "real" y el mundo "posible", en un alto-al-fuego de pocos días.

André y su aproximación al concepto de *Nadja*, es lo que originan en ella un enrutamiento hacia él, donde justamente él pasa de ser el transeúnte de París, para ser fin, sol y luna de una aventurera joven que busca ser libre, "Tú eres mi dueño. No soy más que un átomo que respira o expira en la comisura de tus labios.

Quiero tocar la serenidad con un dedo mojado de lágrimas" (Breton, 1979, p. 86), asimismo, *Nadja* busca liberar de igual forma a André de aquellas perturbaciones que el mundo le ha designado, como ser social y esclavo del colectivo, "... esta libertad es también, tal vez humanamente mucho más, la más o menos larga pero maravillosa continuación de pasos que le están permitidos dar al hombre desencadenado" (Breton, 1979, p. 51).

Si la obra no responde a una linealidad propia de su género, es precisamente porque Breton no la ha concebido para su lectura de dicha forma, puesto que propone una lectura detectivesca, donde no es posible determinar el origen y final de la obra misma, prolongándose así, más allá de sus 119 páginas, reescribiéndose en el imaginario de cada lector, de cada transeúnte de ese París poetizado por Breton- que se ubica entre líneas y salta de hoja en hoja buscando su propia *Nadja*.

Breton invita al lector al encuentro con *Nadja*, es decir, a su propio exorcismo, de manera que pretende fusionar y entramar sus escritos anteriores, a lo que *Nadja* le suscita. Por lo anterior, Breton ofrece un cóctel de imágenes, de palabras gráficas y metáforas visuales, que proponen el sentido de rebeldía -locura- por la libertad y sus propios límites, ya que muchas de las palabras, párrafos y demás elementos de la obra, son tan autónomos, tan indomables, tan volátiles.

Nadja es duradera en la vida de André como medio suspiro, por lo que sus encuentros permiten reconocer las estructuras macabras que el mismo hombre ha diseñado, con la necesidad de doblegar, de herir, de mortificar, de encerrar la misma divinidad de que está hecho el ser humano. El trabajo es obligación del hombre, hay que vivir de algo, se fundamenta como represión camuflada de necesidad, "Me veo obligado a aceptar la idea del trabajo como necesidad material... De nada sirve estar vivos si es necesario trabajar" (Breton, 1979, p. 42); el poeta trabaja con sus sueños, ya que anulan los demonios socia-

les, culturales, económicos y morales en realidad existe en sus propios infiernos.

Si bien *Nadja* representa la ruptura de la cotidianidad, de los esquemas, de las lógicas, de las normativas, y asimismo del propio relato, es porque su personaje representa rebelión, libertad y locura, sobre todo esta última, la cual le llevará a su salida fuera del margen, más allá del límite propuesto por su "realidad", para ser una prisionera más de los esquemas de control inquisidores que la sociedad ha designado.

¿Quién soy? ¿Quién es usted? -dos preguntas que merodean y se impregnan a lo largo de la historia- Acaso... El alma errante, dos almas destinadas a encontrarse, en sus angustias, en sus pasiones, en sus palabras, que como diría André "en el corazón de una flor sin corazón", en aquella flor de los amantes que un día *Nadja* le regaló, aquella que representa esa comunión, ese encuentro, esa posibilidad, ¿Esperanza?, acaso ese viaje más allá de lo que la realidad misma puede ofrecer.

Lo maravilloso hace parte de *Nadja*, como aquella exposición implícita de lo que en su momento Breton estableció en el Primer Manifiesto del Surrealismo; de esta manera, la lectura de esta obra es más que necesaria, si se desea entender con mayor asertividad, cuáles son aquellas dinámicas que se generan en la composición de una obra como ésta, en donde los personajes están suspendidos en el tiempo, y se doblan sobre sí mismos, tranquilos y pasivos a pesar de conocer su destino.

La lectura de *Nadja* es debeladora de las emociones de sus lectores, las cuales parten de un orden real -biográfico-, pero que trascienden más allá de sus páginas, ya que la historia se desarrolla y continúa en puntos suspensivos, que permiten apreciarla en todo su conjunto, y de igual manera, sobrescribirse en la multiplicidad de puntos de interpretación.

Referencias Bibliográficas

Breton, A. (1979). *Nadja* (4ta. Ed.). Tabasco, México: Editorial Joaquín Mortiz